

EL FUTURO YA NO ES BARBARELLA

CRISTINA DÍAZ MORENO + EFRÉN GARCÍA GRINDA

0 Claro. Hace mucho que el futuro ya no es Barbarella; si es que alguna vez lo fue. A veces hace falta decir las cosas en alto.

1 La lógica del mercado fagocita cualquier material, independientemente de su procedencia. Pero, como a las ratas, las cucarachas u otros parásitos glotones, sólo tenemos que introducir camufladas dentro de su comida diaria dosis de veneno: propuestas de orden alternativo que nos indiquen cómo podrían ser las cosas de otra forma, que inciten a la discusión sobre su pertinencia; píldoras seductoramente atractivas pero llenas de una droga letal: un proyecto de un futuro material alternativo.

2 Si algo parece evidente es el desacuerdo: la inmensa cantidad de anomalías y discrepancias entre los discursos y herramientas que hemos desarrollado como disciplina y la realidad de ahí fuera. El nuestro es el efecto de un televisor mal sintonizado. Nos hemos hecho especialistas en esgrima de salón. Y practicamos contra el vacío. No puede haber derrota o victoria posible, porque no hay combate: el contrincante hace tiempo que abandonó la sala.

Para desparasitar la disciplina podríamos comenzar con una redefinición de las palabras que de tanto usarlas se han desgastado hasta convertirse en agendas de trabajo fantasmas; en pilotos automáticos que dirigen nuestros esfuerzos con la ilusoria determinación de quien ignora que no va a ninguna parte. Podríamos, por ejemplo, empezar por 'complejidad'; o por *proceso*.

3 Mientras la ciencia trata de generar conocimiento que reduzca la complejidad para hacerla más comprensible y poder trabajar con ella, nuestra disciplina se sumerge en la fascinación que produce. Trata de emularla visualmente mediante una visión digitalmente actualizada de la estética de la variedad infinita y de lo intrincado. Es necesario un zarandeo, una sacudida colectiva que nos libere de una vez de esta —y de otras— arquitectura de estados finales. Necesitamos escapar de esa aproximación puramente fenomenológica, de ese enfrentamiento con el mundo 'tal y como se nos presenta'.

Tomemos el intento de Kolmogorov por definir la complejidad a través de la dificultad para generar o describir un objeto; es decir, a través de la longitud de la secuencia y del programa, y de los subprogramas asociados que la generan. Sólo una secuencia entre mil se deja comprimir a una décima parte de su longitud. Ésa es la clase de complejidad que nos interesa: una complejidad no visual, ni organizativa, sino de respuestas; que se genera a través de programas cada vez más simples. Es decir, transformaciones físicas de respuesta sofisticada que surgen de sistemas de órdenes de máxima compresión. Al fin y al cabo una ley científica no es sino un modelo extraordinariamente eficiente de empaquetamiento de la información que se nos presenta en multitud de situaciones diferentes.

4 Si la realidad resulta demasiado opaca a nuestra comprensión y manipulación, entonces necesitamos elaborar herramientas para que sea posible trabajar con ella. ¿Qué pasaría si recuperáramos la disciplina como conjunto de saberes prácticos, nunca más centrada en la resolución de problemas a través de doctrinas heredadas, sino en la constante redefinición de técnicas específicas? Su producción sería, antes que nada, la puesta a punto de un arsenal sofisticado de análisis e intervención. Pero estas técnicas mediadoras hacen algo más que parecerse a la realidad: la sustituyen. Construyen un modelo para que seamos capaces de intervenir en ella. Descubren formas, organizaciones, patrones que habían permanecido ocultos hasta entonces y nos permiten evaluar las condiciones de su transformación. Su veracidad estriba en que permitan el paso de lo que lo precede a lo que lo sigue; en su operatividad.

5 Nos volveríamos inmunes a la fascinación que produce el proceso en sí mismo. Cambiaríamos los ropajes de sus sacerdotes por el traje de campaña del anarquista metodológico. Abrazaríamos indistintamente métodos, técnicas y modelos, independientemente de su genealogía. En vez de considerarlos como condiciones preestablecidas para cada situación, nos afanaríamos en su redefinición para aumentar su eficacia. Y en cuanto nos permitieran la transformación perseguida, los enviaríamos sin piedad a la trastienda. De la misma manera que cuando una máquina funciona eficientemente, se vuelve opaca y no es necesario fijarse en su complejidad interna.

6 Pssssssh... *baam!* Al fin, libres de la complejidad, del objeto y del proceso.

7 La inmediatez tendría entonces un valor máximo. La creatividad del arquitecto nunca más se ocuparía en producir objetos relevantes desde el punto de vista estético —o en la ocurrencia del más difícil todavía, o en la simplificación lingüística, o en la subversión—, sino en cómo inducir efectos, y hacer esto elaborando, en una carrera armamentística frenética, útiles cada vez más efectivos y sencillos. En crear atajos; fiables y rigurosos, eso sí.

8 Podríamos llamarlo, con cierta sorna, *Fast Architecture*. Una combinación de periodos elongados de investigación paciente y crítica constante, e intervalos de actividad frenética concentrados en un corto periodo de tiempo. A los momentos de afinamiento y crítica feroz de las herramientas y recursos conceptuales, seguirían noches y días hilarantes de producción acrílica, en los que todo —incluso la banalidad, o lo aparentemente imposible— estaría permitido, con tal de aplicar de forma directa y salvaje lo anteriormente desarrollado. Una alternancia de tecnologías blandas y duras.

9 Durante estos años de trabajo, estos recursos nos han permitido evitar que las ideas se conviertan en prejuicios y que el punto de salida —el saque— coincida, trazando un círculo perfecto, con el de llegada. Que el elaborar proyectos no se convirtiera en un movimiento circular que no logra enriquecerse. Y claro, por ello, los errores, las equivocaciones clamorosas —que las ha habido— han jugado un papel fundamental en nuestra oficina.

THE FUTURE IS NOT BARBARELLA

CRISTINA DÍAZ MORENO + EFRÉN GARCÍA GRINDA

0 Of course. The future hasn't been Barbarella for a long time now, if it ever was. Sometimes you have to say things loud and clear.

1 Market logic parasites any material, regardless of where it comes from. But like rats, cockroaches and other gluttonous parasites, all we have to do is put camouflaged doses of poison in its daily food ration: proposals for an alternative order that suggest how things could be otherwise; that trigger arguments about whether they belong; seductively attractive pills that are full of a lethal drug: a project for an alternative material future.

2 If there is anything that seems obvious, it is the disagreement: the immense amount of anomalies and discrepancies between the discourses and tools we have developed as a discipline and the harsh reality out there. Ours is the effect of a badly tuned TV set. We have become specialists in living room fencing. And we practice it against the void. Defeat and victory are both impossible because there is no combat: the opponent left the room a long time ago.

If we wanted to deparasitise our discipline, we would start with a redefinition of the words that have become so worn out from overuse that they have turned into phantom work diaries; autopilots that guide our effort with the illusory determination of one who is unaware that he is going nowhere. We could, for example, begin with 'complexity'; or process.

3 While science tries to generate knowledge that reduces complexity to make it more comprehensible and workable, our discipline is submerged in the fascination it produces. It tries to emulate it visually with a digitally up-to-date vision of the aesthetics of infinite variety and intricacy. It needs a collective shake-up to free us for once and for all from this and other architecture in its final state. We need to escape from this purely phenomenological approach; from this confrontation with the world 'exactly as we see it'.

We take Kolmogorov's attempt to define complexity through the difficulty of generating or describing an object; i.e., through the length of the sequence and the programme, and the two associated sub-programmes that generate it. Only one in a thousand sequences allows itself to be compressed into a tenth of its length.

That is the sort of complexity we are interested in: a complexity that is neither visual nor organizational, but rather involves responses; which is generated via increasingly simple programmes. In other words, physical transformations with a sophisticated response that arise from systems of orders that are compressed to the utmost. Ultimately, a scientific law is nothing but an extraordinarily efficient model for packaging the information presented to us in a multitude of different situations.

4 If reality is too opaque for us to understand and handle, then we need to design tools that enable us to work with it. What would happen if we were to revive the discipline as a body of practical know-how, never again centred on resolving problems through inherited doctrines, but rather on the constant redefinition of specific techniques? Its production would primarily involve the modernisation of a sophisticated analysis and operation arsenal. However, these mediation techniques do something more than just resemble reality: they replace it. They construct a model for which we are able to intervene in it. They discover forms, organisations, patterns that had previously remained hidden and enable us to assess the conditions of their transformation. Their veracity lies in facilitating the transition from the preceding to the succeeding; to its operativity.

5 We would become immune to the fascination produced by the process as such. We would change the vestments of its priests for the battledress of the methodological anarchist. We would embrace methods, techniques and models, regardless of their genealogy. Instead of regarding them as pre-established conditions for each situation, we would struggle to redefine them in order to increase their efficiency. And as soon as they allowed us to undertake the desired transformation, we would send them unflinchingly to the storeroom. Like a machine that works efficiently, it becomes opaque and makes it unnecessary to focus on its internal complexity.

6 *Pshhhh... whaam!* In the end, free of complexity, object and process.

7 Immediacy then reaches a maximum value. The architect's creativity will never again be concerned with producing relevant objects from an aesthetic point of view —or the occurrence of something even more difficult, or linguistic simplification, or subversion—, but rather how to induce effects and do so while designing increasingly effective and simple tools in a frenetic arms race. In creating shortcuts— reliable, strict shortcuts.

8 We might call it, somewhat scornfully, Fast Architecture. A combination of long periods of patient research and constant criticism, and intervals of frenetic activity concentrated into a short period of time. The moments of refinement and ferocious criticism of the tools and conceptual resources will be followed by hilarious days and nights of acritical production when everything, even triviality and the apparently impossible, is allowed, so long as what was previously developed is applied directly and savagely. An alternation of soft and hard technology.

9 In the course of these years of work, these resources have allowed us to prevent ideas from becoming prejudices, and the starting point, the 'service', coinciding with the finishing point in a perfect circle. Preventing the design of projects from turning into a circular movement that is not enriched. So our mistakes, absolute blunders, which really have happened, have obviously played a fundamental role in our office.

10 Aquel verano Fuller levantó su primera cúpula, que se desplomó inmediatamente. Estaba encantado: "Sólo sé lo que tengo que hacer cuando tengo fallos".

11 Entre dos es difícil ponerse de acuerdo en el resultado final. Invariablemente se piensa de formas distintas. Pero resulta sencillo confluír en las condiciones del objeto. Así es que para superar el conflicto, y convertirlo en un objetivo que permanece oculto y que hay que desvelar, solemos preparar un plan de acción: una serie regulada de procedimientos y de acciones encadenados que nos permiten estudiar sus efectos y aprender de ellos.

El proyecto se convierte en un sistema de reglas. Estas reglas presentan unas condiciones básicas: los datos de entrada han de estar inequívocamente definidos, los procedimientos deben ser precisos y explícitos, y finalmente deben poder ejecutarse en un número finito y abarcable de pasos. Al terminar, la retroalimentación de la información obtenida permite, en un aumento constante de eficacia, volver a reformular el sistema de reglas inicial.

12 Por lo tanto, estos sistemas no son coercitivos ni limitativos; es decir, no regulan qué clase de actos quedan por convención fuera del campo de juego, sino que son generativos. En este proceso de redefinición constante el objetivo es la relación entre la amplitud de registro de los efectos producidos y la economía de información de las órdenes que los generan.

13 Podríamos entonces proceder haciendo que la arquitectura, la santísima arquitectura, se retire silenciosamente (¡qué alivio!) y que quede sólo su efecto. Tan solo proyectaríamos las transformaciones que ésta produce. El resultado a perseguir no sería el proceso, ni el producto anhelado, sino los efectos físicos, sociales, visuales (¿por qué no?), económicos o corporales, que ésta genera. Podríamos entonces recuperar de nuevo a eso que se llamaba arquitectura, pero ahora como algo que actúa. Algo que queda definido por lo que hace y nunca más por su sustancia verdadera o su esencia. Nuestro trabajo se convertiría liberadoramente en el de producir herramientas, que a su vez, producen herramientas.

14 Entonces lo que proyectamos es el conjunto de desplazamientos o mediaciones indispensables para que ocurra una acción; algo que reduce a los datos de entrada precisamente a eso, a sólo el comienzo. Nuestro trabajo ha sido en estos años el proyectar metodologías específicas por las cuales el punto de partida quedara superado y sustituido por un conjunto de condiciones que lo hagan irrelevante, que lo convierta en redundante. Es decir imaginar condiciones y sus correspondientes efectos que hagan entrar en movimiento nuestro sistema de valores.

El objetivo no será más la satisfacción de una serie de aspiraciones individuales o colectivas, sino hacer que éstas parezcan obsoletas ampliándolas. Es decir, expandir los deseos.

Ahora más que nunca urge discutir dónde, en qué terrenos, y con qué eficacia podemos inducir efectos. Son necesarias inmensas dosis de pensamiento y de discusión para superar la parálisis que nos convierte en maquilladores, en meros directores de arte.

15 A todo esto durante siglos se ha llamado utopía. Pero quizá debiéramos empezar por no nombrarla. Porque aceptamos la más cruda realidad y es nuestro campo de batalla, tendríamos que inventar otra palabra que supere el aspecto nostálgico y consolador que posee. Y su esterilidad. Porque no queremos convertirnos en animadores culturales que elaboran imágenes de fondo para aliviarnos de nuestro presente, y luego pasan a la papelera de lo ya consumido. También deberíamos entender que su potencial no reside en pensar que es necesario que ocurran. No hay nada más aterrador que una utopía realizada. Es el desierto, el reino de la ausencia de deseo. El fin de todo cambio. Y eso no tiene nada de divertido.

Se trata solamente de pensar mundos, situaciones posibles que no son actualizables por el contexto material, económico o social. Es un medio privilegiado para explorar estrategias alternativas, que sirvan para cambiar nuestros deseos y expectativas. Como señala Harvey, es abrirse a la potencialidad infinita de las posibilidades de las formas espaciales. Crear espacios en los que 'lo otro' pueda explorarse, no ya como mero producto de la imaginación, sino a través de la fricción con los procesos sociales o materiales existentes.

16 Podrían entonces ser contingentes. Futuros posibles de crédito finito y autoextingibles. Al fin y al cabo, los científicos elaboran rigurosa y entusiastamente modelos y teorías que están destinados irremisiblemente a ser superados, a envejecer. No se trata de estar permanentemente en lo cierto, porque tarde o temprano aparecerá una nueva teoría que explicará mejor los hechos. Su importancia reside en ser aportaciones valiosas que ayudan a evolucionar una disciplina; que producen un incremento de conocimiento. El conjunto de estos trabajos son vectores de progreso de uso limitado, que varían de dirección, sentido e intensidad; que querríamos que sirvieran para asegurar una posición de no equilibrio y una disciplina viva. Que provoquen discusión. Porque al fin y al cabo ser joven no es más que la disposición a cambiar de parecer, de evolucionar. Son proposiciones, en el sentido que da a este término Whitehead: paradójicamente no son afirmaciones, ni objetos, ni ningún tipo de intermediarios. Son sobre todo 'actantes', cosas que hacen. Que conquistan el futuro como lugar de proyecto. Que nos preguntan qué clase de organizaciones materiales y espaciales futuras estamos en disposición de desear, y a cuáles aspiramos.

17 Sea el conjunto de las propuestas de presente la variable P , sea el conjunto de las propuestas de la historia pasada la constante H y sea el F el número de proyectos pertenecientes al conjunto de los infinitos posibles futuros, siendo la variable C contingencia y e la capacidad de expansión de los deseos.

Si $F \times e^C > H+P$, entonces estamos vivos

Si $F \times e^C < H+P$, entonces estamos muertos

18 Y tú, ¿qué futuro deseas?

10 That summer, Fuller raised his first dome, which collapsed immediately. He was delighted, "I only know what I have to do when I make mistakes".

11 It is hard for two to agree about the final result. They invariably think differently. But it is easy to converge on the conditions of the object. So, in order to overcome the conflict and turn it into a hidden goal that has to be revealed, we usually design an action plan: a regulated series of procedures and concatenated actions that allow us to study their effects and learn from them. The project becomes a system of rules. These rules present the basic conditions: the input data have to be defined unequivocally, the procedures should be precise and explicit, and finally they should be applicable in a finite number and in stages. At the end, the feedback from of the received information should enable us to reformulate the initial system of rules with constantly increasing efficiency.

12 So these systems are neither coercive nor limiting. They do not do not regulate the sort of actions that are left by convention outside the field of play, but rather are generative. In this process of constant redefinition, the aim is the relationship between the breadth of the record of the resulting effects and the economy of information in the orders that generate them.

13 We may then proceed, making architecture, Holy Architecture, withdraw quietly (what a relief!), only leaving its effect behind. We would only design the transformations resulting from this process. The pursued result would not be the process or the desired product, but rather the physical, social, visual (why not?), economic or corporal effects that are generated. We could then once again recover what used to be called architecture, but is now something that is in action. Something that is defined by what it does and never again by its true substance or essence. Our task will become a liberating production of tools which in turn produce further tools.

14 So what we design is a set of displacements or mediations that are indispensable for an action to happen; something that reduces the input data to just that— only the beginning. In the last few years, our work has been to design specific methodologies in which the starting point is surpassed and replaced by a set of conditions that make it irrelevant and redundant. In other words, imagining conditions and their corresponding effects that set our values system in motion. The aim will no longer be the satisfaction of a series of individual or collective ambitions, but instead making them seem obsolete by extending them. In other words, expanding desires. Now more than ever there is an urgent need to debate where, in which fields, and how efficiently we can induce effects. Massive doses of thought and debate are needed to overcome the paralysis that turns us into cosmeticians- mere art directors.

15 For centuries, all of this has been called utopia. But perhaps we ought to start by not giving it a name. Because we accept the harsh reality, which is after all our battleground; we ought to invent another word that goes beyond its inherent nostalgic, consolatory aspect. And its sterility. Because we do not want to become cultural entertainers who create background images that relieve us from the present, and then get thrown into the rubbish bin for consumed material. We should also realise that its potential does not reside in thinking that they must necessarily happen. There is nothing more terrifying than a utopia put into practice. It is a desert— the kingdom of the lack of desire. The end of all change. And there is nothing funny about that. It is only a question of thinking up possible worlds or situations that cannot be updated by the material, economic or social context. It is a privileged environment for the exploration of alternative strategies which serve to change our desires and expectations. As Harvey explained, it means opening up to the infinite potential of spatial forms. Creating spaces in which 'the other' can be explored, no longer as a mere figment of our imagination but through friction with the existing social or material processes.

16 They may then become contingencies- possible futures with finite, self-extinguishable credit. Ultimately, scientists enthusiastically but strictly design models and theories that are irremediably destined to age and be surpassed. It is not a question of being permanently right, because sooner or later a new theory will appear with a better explanation of events. Its importance resides in being valuable contributions that help a discipline to evolve; that produce a growth of knowledge. Together, this work forms vectors of progress with a limited use, which vary in direction, meaning and intensity; which we would like to be useful to ensure a position of non-equilibrium and a living discipline. Which triggers debate. Because ultimately, being young means nothing more than being prepared to change opinion, to evolve. They are propositions in Whitehead's sense: paradoxically, they are neither assertions nor objects, nor any type of intermediary. They are above all 'actuators', things that act. They conquer the future as a design space. They ask us what sort of future material and spatial organisation we are in a position to want, and which ones we aspire to.

17 If variable P is the set of present proposals, constant H is the set of past history proposals, F is the number of projects that belong to the set of infinite possible futures, variable C is contingency and e is the expansion capacity of desires, then

If $F \times e^C > H+P$, we are alive
If $F \times e^C < H+P$, we are dead

18 And you? What sort of future do you want?